

Esto era una noche de verano, llena de estrellas y de armonías, como las noches de las historias. Y era un jardín lleno de flores y de perfumes, como los jardines de los cuentos. También una fuente clara, que alegraba el jardín y la noche, con su vocecita cristalina. Y un pajarillo jugueteón que, después de lanzar agudos trinos incongruentes en el silencio de la noche, medio ronco a fuerza de gritar y con la garganta seca, se acercaba a la fuente para calmar su sed. Y, por último, esto eran dos sombras de luna: El y Ella, que se deslizaban por el grijo del jardín, alargándose como las serpientes.

Ella se rió, al verse reflejada en la arena de una manera tan absurda, y El pensó que la risa de Ella era todavía más cristalina que la vocecita de la fuente. El ruido de los pasos espantó al pajarito que se acercaba a beber. Asustado, se encaramó en la rama más próxima, con un loco aleteo.

Ella se sentó al borde del agua, y El a su lado. Hubo un silencio. Ella escuchó la noche, y le pareció la más suave y la más perfumada del mundo. El la miró a Ella y la encontró suave y perfumada, como la noche. Luego, ya no le bastó con mirarla. Sintió unos deseos enormes de darla un beso. Ella, atraída por sus ojos, le miró también. En seguida pensó que le gustaría que El la besara. Sería delicioso, porque así, Ella podría indignarse y demostrarle de una vez que no sentía por El amor ninguno. Ya lo tenía todo pensado. Se levantaría bruscamente, y lanzándole una mirada de profundo desprecio, se marcharía lentamente, con mucha dignidad. Pero El continuaba quieto, mirándola. Y como Ella no podía adivinar si El sentía deseos de besarla o no, le preguntó muy bajo, en su voz más acariciadora:

—¿Tú crees que en el Polo Norte hará frío ahora?

Ya se lo había preguntado varias veces. El no se acordaba de lo que la había contestado; así, que para no contradecirse, la dijo muy bajo también:

—Yo creo que puede que sí.

Mirándola a lo más profundo de los ojos.

A Ella le encantó la contestación y, lógicamente, pensó: —Me gustan su frente y su pelo. Pero la nariz es horrible. ¡Qué lástima!

Mientras, El seguía tratando de darse ánimos. —¡Si me atreviera! La besaría en cuanto acercara un poco su cara a la mía—. Pero era muy joven, y como todavía no sabía leer en el pensamiento de las mujeres, no se atrevió. Era muy tímido y tenía un miedo terrible.

Ella seguía esperando: —Si me besa, no me levantaré. Será mucho mejor darle una bofetada para que aprenda—. Y volvió a esperar. Pero El seguía quieto y callado. Ella empezó a extrañarse.

—¿Estaré fea? —pensó—. ¿Se me habrá desrizado el pelo con el aire, o me brillará la nariz?— Y se inclinó para verse en el agua. Pero el agua estaba traviesa, y la imagen temblaba tanto, que le fué imposible averiguarlo.

El pajarillo jugueteón, tranquilizado un poco por el profundo silencio que reinaba, descendió de la rama, con un susurro de plumas. A saltitos nerviosos se fué acercando a la

fente. Ella le vió. —¡Qué monín!—pensó—. ¡Pobrecillo, qué pena! Se va a espantar con el ruido de la bofetada.

El no le vió. Seguía mirándola a Ella. —Cuando no dice nada—pensaba—, es porque está esperando a que hable yo—. Pero tampoco supo qué decirle.

Ella, cansada de esperar, suspiró. Entonces, El, sin casi darse cuenta de lo que hacía, con un movimiento suave, puso su brazo alrededor de los hombros de Ella. Ella se quedó desconcertada. No era eso lo que esperaba. Se había imaginado que El la besaría, y nada más. Entonces, Ella le hubiera dado una bofetada y se hubiera levantado indignadísima para marcharse muy despacio, mientras a El le zumbaban los oídos. Pero aquel abrazo suave era completamente imprevisto. La sorpresa la hizo permanecer inmóvil. Entonces, El la besó. Y fué en el momento preciso en que el pajarillo jugueteón llegaba a la fuente para beber. Miró a todos lados con recelo. Esperó unos instantes. Luego, bebió.

(Dibujo de María Martín de la Cámara)

